

(Traducción en español)

Roma, 25 abril 1976¹

Diálogo abierto

El amor nos hace semejantes

De vez en cuando siento el reproche de no amar suficientemente a María, de pensar poco en ella. Según tú ¿qué debería hacer para tener una verdadera devoción a María?

La sola idea de hablar de María me hace temblar el alma y latir el corazón. Esto es algo que sobrepasa todas nuestras facultades y en lugar de la palabra, mejor sería el silencio.

¡María! Extraordinaria entre todas las criaturas, ensalzada hasta ser investida con el título y la realidad de Madre de Dios y por tanto la Inmaculada, la Asunta, la Reina, la Madre de la Iglesia.

María es más cercana a Dios que al hombre, sin embargo es criatura como nosotros somos criaturas y como tal lo es ante el Creador. De ahí su posibilidad de actuar para nosotros como plano inclinado que toca cielo y tierra, por lo tanto, incluso en su ser extraordinario: niña, joven, novia, madre, esposa, viuda... como nosotros, que podemos encontrar, cada uno según su propia edad y condición, un vínculo con ella y por lo tanto un modelo.

Pienso que el reproche que tú sientes de amar poco a María es bastante normal en las personas que cuidan su vida espiritual, que es sano y proviene del Espíritu Santo, el cual ha trabajado tanto a esta criatura, que la quiere dar a conocer para que exista en esta tierra la alegría de recorrer nuestro camino junto a una madre tan poderosa.

En cuanto a poseer una verdadera devoción hacia ella -aún ensalzando las distintas devociones que han surgido a lo largo de los siglos para dar al pueblo cristiano el sentido de un amor maternal seguro, que piensa en los pequeños y grandes dilemas que la vida trae consigo- te aconsejaría un camino que hace nacer en el corazón un amor por María similar al que tiene Jesús por ella.

Sí, María tiene todas esas magníficas y extraordinarias cualidades que sabes, ella es también "la perfecta cristiana".

Y esto es así porque, como puedes deducir del Evangelio, no vive su propia vida, sino que deja que la ley de Dios viva en ella. Ella es quien mejor que nadie puede decir: "Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí" (Gal 2, 20). María es la Palabra de Dios vivida.

Por lo tanto, si quieres realmente amarla, "imítala".

¡Sé también tú Palabra de Dios viva!

Imitarla te hace semejante a ella y te lleva a amarla, porque así como hay un refrán que dice: "El amor o encuentra semejantes o los hace", también es verdad que los semejantes se aman. ¿Con quién juegan los niños? Con los niños. ¿A quién buscan las jóvenes como amigas? A otras jóvenes. ¿Y los hombres adultos? A otros hombres adultos.

Imitemos por tanto a María, hagámonos semejantes a ella y nacerá de modo espontáneo en nuestro corazón el amor por ella.

Chiara Lubich

¹ Publicado en: "Città Nouva", 20 (1976), n. 9, p. 33